



“Televisión de bajos instintos: sobre la Telebasura”

La proliferación de cadenas de televisión y de programas clasificables como telebasura en los últimos años ha incentivado el debate sobre los límites éticos del medio y sobre la necesidad y la oportunidad de crear organismos que regulen los contenidos que ofrecen las emisoras.

El 13 de julio del 2007, en el programa "*¿Dónde estás corazón?*", Bárbara Rey y la periodista María Patiño protagonizaron una discusión antológica que puso de manifiesto un cambio decisivo en la constelación de la telebasura española.

Aquel 13 de julio, los telespectadores aún comentaban las euforias de los operados plásticamente en el programa "*Cambio radical*" o los saltos que daban los concursantes de "*Nadie es perfecto*" al recibir una descarga eléctrica por confundir a la vicepresidenta española Fernández de la Vega con su homónima Teresa de Calcuta. Eran unos días en que en esa y otras cadenas se comentaban los llantos y las peleas habituales en los magazines vespertinos y el impacto provocado por el "*showman*" Coto Matamoros cuando lanzó billetes de 500 euros al público demostrando que pagar al respetable asegura la ovación.

Desde que en 1993 arrancó "*Corazón, corazón*", los programas del ídem se multiplicaron –en el 2003 eran más de 20– modificando los límites éticos televisivos.

Al corroborar el gusto general por el morbo, algunos "*late night*" e informativos copiaron técnicas de esos programas, sublimando lo grotesco. Y mientras el número de cadenas aumentaba, disparando la batalla por las audiencias –el todopoderoso "*share*"–, el desembarco de la telerrealidad puso la guinda aupando a la fama a individuos cuyo mérito esencial radicaba en ser "concursoante". "Si antes los programas rosa se dedicaban a Grace Kelly, el príncipe de Mónaco o famosos con un cierto valor como actores, cantantes, etcétera –ahí figuraba Bárbara Rey–, ahora casi copan el interés personajes tipo Belén Esteban, Pocholo, Kiko..., de méritos muy dudosos o aupados a la fama por la vía de la bragueta" (Ferran Monegal, crítico televisivo). Estos famosos de última generación se expandieron por tertulias televisivas donde, asociados con los moderadores, lograron implantar ese aire "*cutre-chic*" todavía tan en boga. La insolencia vejatoria, la intromisión en la vida privada de personas y las noticias basadas en fognazos "epatantes" coparon buena parte de la parrilla. ¿Por qué? El negocio era redondo: programas baratos "de los que se aprovechaba todo, como con el cerdo, y que arrastraban a la totalidad de la cadena", según valora Eduardo Matilla, presidente de Corporación Multimedia, consultora de control de audiencias.

Advenedizos, catetos hiperlativos y depredadores rosa campaban hasta en horario infantil por las teles del único Estado de la Unión Europea que no posee un consejo del audiovisual. "Para poner orden ya existen una Constitución y un Código Penal", coinciden en señalar los contrarios al organismo y apologetas de "la libertad de la audiencia".

En ese contexto, el 13 de julio Bárbara Rey acudió a Antena 3. Y mientras desmantelaba la estrategia de acoso y derribo tramada por la pseudoperiodista María Patiño, Bárbara Rey dio una lección de crítica televisiva. Desestructuró el programa: acusando a la entrevistadora de ser rica y famosa por mero parasitismo, demostrando que Patiño encaraba sus entrevistas sabiendo muy poco de sus interlocutores, demarcando la barrera entre vida pública y privada y señalando que el público del plató estaba obviamente predispuesto contra ella, pero que le importaba un pimiento. Patiño, desbordada, intentó un último golpe de efecto abandonando llorosa el escenario. En este episodio, la telebasura fue gloriosamente educativa demostrando que los ofensores pueden ser derrotados desde dentro. O que cualquier programa puede afrontarse dignamente si se aborda con criterio.

El respetable

Sea como sea, el público responde. Tele 5 encabeza los "shares" años después de que descubriera cuánto nos gusta la diversión chabacana a partir de su "Ay, qué calor". La telerrealidad, inaugurada en Estados Unidos con el "Real World" de la MTV, acabó de completar ese menú del entretenimiento en el que, como señala el psicoanalista Enrique Carpintero, "prevalece el humor sádico y patético" y que tan bien conecta con nuestra civilización. ¿Con el ser humano? "Los espectáculos vehementes, no instruidos y toscos han sido históricamente los preferidos por las masas", convino el filósofo y politólogo francés Alexis de Tocqueville a mitades del siglo XIX.

En España, un 40 por ciento de la masa ve televisión seis horas al día, como la media europea. Un buen número consume la denominada telebasura –los programas estrella acaparan un 23 por ciento de media–, lo que, a juicio del sociólogo Lorenzo Díaz, demuestra cómo "la televisión se ha entregado a manos de la llamada 'ordinary people' española (...), la televisión cada vez se parece más a la ruidosa clase media española: chillona, prepotente y proclive a entregarse a los bajos instintos".

La Federación Internacional de Asociaciones de Telespectadores y Radioyentes (Fiatyr) convoca desde hace años el día Sin Tele, preocupada por "un cáncer cuya metástasis tiende a invadirlo todo", aunque muchos desacreditan a esa asociación y a otras afines por estar vinculadas a "estamentos religiosos que las promueven y financian" (Josep Maria Mainat, productor) y ser capaces de emitir un comunicado felicitándose por "el comportamiento de la audiencia, la más alta registrada en nuestro país, ante la retransmisión de una boda (la del príncipe Felipe y Letizia Ortiz) muy esperada".

El filósofo Gustavo Bueno, autor de libros a propósito y participante asiduo de tertulias confusas, se pregunta: "¿Qué es basura? La esencia de la televisión es la clarividencia, la perforación de la opacidad. Este tipo de televisión cumple una función social importante, como poner en contacto a gente que llevaba años separada. Los epicúreos ya practicaban la confesión pública. Nadie sabe lo que es ético y moral, cambia de unas personas a otras. Lo que pasa es que la basura muchas veces está en el que ve la televisión".

En cuanto al espectador adulto..., en los últimos años hemos testimoniado cómo incluso algún ente público promovía espacios de guirigay estilo "Tómbola" "desdibujando los objetivos fundacionales de la televisión: informar, educar, culturizar, entretener" (Manuel Parés i Maicás, experto en comunicación social de la Unesco) y exportando hasta a los telediarios "las dinámicas de impacto continuo. Es por lo mismo que a un estadounidense le gusta el baloncesto, pero no soporta un partido de fútbol: dura 90 minutos y puede acabar cero a cero. Necesita el continuo impacto de las canastas", dice Ferran Monegal. Las dos principales cadenas privadas españolas exprimen "esa vía americana. Sucesos, sucesos y fútbol. Llegan a dar noticias que no

lo son: alguien graba en el móvil a un señor que amenaza con suicidarse en un balcón, y la imagen sale en las noticias diciendo que un hombre estuvo a punto de matarse. ¿Es eso una noticia?", añade Monegal.

Una definición

¿Y a usted qué le molesta de todo esto? Según un estudio del Instituto Opina, la creación de personajes sin mérito y las intromisiones en las vidas privadas de los invitados es lo que más molesta a los telespectadores. ¿Y qué le gusta? Obviamente, "ver cómo le dan caña a esos famosos que viven del cuento sin nada que ofrecer" (Susana Rufas, Juana García y Eduardo Carreras, telespectadores).

"No hay que infravalorar la inteligencia colectiva de la opinión pública. En última instancia de lo que estamos hablando es de libertad", dice Manuel Campo Vidal, presidente de la Academia de la Televisión. Mientras, el escritor Arturo Pérez Reverte escribe que "esas marujas en éxtasis, admirando aleladas a una vulgar pederasta, son un símbolo perfecto de lo que tenemos y de lo que merecemos tener. Por casposos. Por imbéciles", sintonizando de pleno con Lope de Vega: *"Si el vulgo es necio, es justo hablarle en necio para darle gusto"*.

Lo indudable es que existen bandos muy discrepantes. Muchos de los que trabajan en televisión pronuncian la palabra "libertad" para defender el statu quo mientras una mayoría de intelectuales y telespectadores irritados comparten que "la libertad no es el único valor que es preciso respetar. Los seres humanos tienen dignidad". Son palabras incluidas en un informe del Consell de l'Audiovisual de Catalunya (CAC), único organismo español de este tipo junto a los de Andalucía y Navarra.

"Las televisiones se han convertido en catedrales emocionales –dice Rafael Jorba, portavoz del CAC– y por eso es importante que existan organismos reguladores." El CAC vela por los derechos y las libertades de la audiencia, distingue contenidos por edades, evita la emisión de según qué programas en horario infantil o trabaja por el sueño de Monegal: que la educación televisiva forme parte del material curricular en las escuelas. "Igual que se advierte sobre el 'fast food', debe advertirse sobre determinados contenidos" (Jorba).

Josep Maria Mainat, director de la productora Gestmusic ("Gran Hermano", "La granja"), ha señalado reiteradamente lo innecesario de esos organismos, observando además la incongruencia de que uno de ellos lo integraran dos miembros que reconocían no tener tele en casa. "El Gobierno también puede promulgar una serie de leyes televisivas pioneras y avanzadas mediante las cuales España pueda demostrar que somos una democracia joven, pero madura –ha dicho Josep Maria Mainat–, y que no necesitamos caducos organismos de control y vigilancia inventados en la era de la televisión en blanco y negro. Sabremos autocontrolarnos."

Como Mainat, varios productores, editores, programadores y directores de entes televisivos señalan la suficiencia del Código Penal para legislar los despropósitos. Campo Vidal apuesta "por la creación de un clima donde la televisión de calidad tenga cierto reconocimiento". La cuestión es: ¿cómo lograr ese clima?

Los expertos en tele han definido como "basura" los programas que potencian "la aberración como modelo, el desprecio por cualquier figura de autoridad, la difusión de pseudociencia y ocultismo, la utilización de desnudos (sobre todo femeninos) y el abuso del sexo, el escándalo y la violencia". Una habitual técnica basura es dedicar más tiempo a anunciar el espacio que se va a emitir que al espacio en sí. La perpetuación de intrigas burdas y la creación de polémicas artificiales secundadas por famosos de última hora en platós saturados de publicidad son otras constantes del género.

La relatividad

"Sin parar y sin darnos cuenta tragamos creencias que funcionan después como ingredientes de nuestros sentimientos –ha escrito el filósofo José Antonio Marina– (...) Lo que leo y oigo en los medios de comunicación me hace pensar que muchos personajes que configuran esas creencias ambientales son ‘predicadores de la simpleza’ que ni leen, ni estudian, ni saben. A pesar de lo cual, lo que dicen pasa a formar parte de nuestra atmósfera, contaminándola."

¿A quién atender? Una evidencia: todo es muy relativo. En el departamento de adicciones del hospital de Bellvitge, Susana Jiménez reconoce que es probable que un sujeto que pasa seis horas diarias enfrascado en un videojuego o en internet sea considerado un enfermo, mientras que en los 16 años que lleva trabajando ahí no ha tratado a ningún adicto a la televisión... cuando desde Corporación Multimedia se cifra en 2.400.000 los españoles que pasan más de 10 horas de cara al aparato, alguno de ellos aumentando dramáticamente su volumen corporal y padeciendo graves insomnios. "*La diferencia es que la televisión está aceptadísima socialmente*", afirma Susana Jiménez.

Todo es relativo, claro. El poder de un organismo de control, también. En realidad, las acciones de los comités audiovisuales son mínimas, "y casi siempre a posteriori –dice Jorba–. No somos un tribunal. Pero, en España, cualquier iniciativa que implique control de información suena a censura. Es una herencia de la dictadura. Si a veces cuesta asumir la autoridad de un cuerpo policial o de la DGT, imagina la de un comité para la televisión". "Poner normas para todo el Estado es una forma de totalitarismo" (Gustavo Bueno).

Autoritarismo, censura, libertad..., todos usan estas palabras a discreción, los periodistas también, y luego cada uno las interpreta a su gusto. Por eso, cuando por ejemplo el CAC convoca una rueda de prensa en la que se criticará la actuación de varias televisiones, algunas de las cadenas que reclaman libertad y denuncian la censura resulta que no envían sus cámaras al acto o, si las envían, nunca llegan a emitir la noticia. ¿Falta autocritica en la tele? En esto hay bastante consenso: sí.

"No sé por qué tiene que haber gente que decida lo que tienes que ver. Pocos ejercicios hay más democráticos que tú en tu sofá viendo lo que te da la gana", dicen algunos. Según esta postura, el "*share*" se ha convertido en el espejo espiritual de la sociedad, la gran ventana a nuestros gustos e inclinaciones morales. Es nuestra verdad y, si no nos gusta lo que vemos, no es problema de la tele. Pero más bien ocurre que ese aparato se ha integrado en nuestra cotidianidad –¡seis horas al día!– pasando a ser "algo que vivir en lugar de algo que mirar" (David Foster Wallace, escritor), de modo que si antes estaba claro que nosotros "creábamos" la televisión, ahora se sospecha que es la televisión la que empieza a "crearnos" a nosotros, al menos un poco. Y a algunos les preocupan los valores que podamos estar incubando.

Autocrítica

Para dar aún más color a este artículo, y sopesando que Tele 5 es la cadena líder en España, intenté contactar con Vázquez teniendo en cuenta una indicación del CAC: "Estos profesionales no suelen reconocer que hacen telebasura".

El proceso fue: intentar hablar con Vázquez. Que remitió al departamento de prensa de Tele 5. Donde una chica preguntó por mis intenciones. Disimulé –"preparo un reportaje sobre audiencias"–, al parecer bastante mal porque el día siguiente otra chica me dijo: "¿Por qué entrevistar a Vázquez si él no sabe nada de cómo se hace el programa? Eso incumbe a los guionistas".

Pues pásame a un guionista. "¿No hay nada más que os interese, con esos programas estupendos que tenemos?". Por ejemplo... ¿un presentador de telediarios? "Perfecto." ¿Pedro Piqueras? "Muy bien." Al día siguiente me llamó una tercera chica para decir que Piqueras mejor no, pero que me pasaban a Vicente Vallés, conductor de "*La mirada crítica*", un

programa de análisis de actualidad. Fue interesante la reflexión de Vallés sobre la singular necesidad televisiva de atrapar al telespectador, dado que "si nadie se lee las 60 u 80 páginas de un periódico, en la tele estás obligado a anclar la atención como sea, para evitar el zapping". Pero lo más aleccionador de esta historia fue el recorrido en sí –del "Tomate" a "La mirada crítica"–, inducido por tres personas diferentes.

En cualquier caso, la propia audiencia ha empezado a premiar con plausibles "shares" a esta novedosa fórmula de autocritica –"lo que falta es imaginación, nuevos programas" (Eduardo Matilla)–, que podría participar de esa "destrucción desde dentro" de la telebasura ya emprendida a título privado por, digamos, Bárbara Rey. Es un buen augurio para afrontar el boom digital, que disparará el número de cadenas, y con ellas la competencia, dificultando al máximo el control de contenidos.

Campo Vidal observa aún más motivos para el optimismo en que hay televisiones como Canal Sur, Aragón Televisión, Cuatro, La Sexta o TV3 que "están aguantando el lógico retroceso global de audiencias sin acudir a esos programas tremendistas". Victoria Camps, miembro de la comisión de expertos para la creación del consejo del audiovisual español, dice que somos "una joven democracia y todavía hay fallos por corregir, pero no vamos mal. Y el consejo se creará".

Si aquel 13 de julio Bárbara Rey derrotó educativamente a la Patiño, no cabe duda de que puede ser didáctico ver los shows por venir. De momento, Antena 3 ha rescatado a Ximo Rovira, ex presentador de la memorable "Tómbola". Invitados y espectadores vamos a poder demostrar qué hemos aprendido desde entonces. ¿O no?

La hasta hace muy poco flagrante ausencia de programas críticos con la propia televisión empezó a subsanarla Ferran Monegal, que desde la municipal Barcelona Televisió (BTV), ha logrado "shares" insólitos para una tele local. Su programa "TeleMonegal" ganó un premio Zapping y fue seleccionado para el prestigioso festival Input TV. "Una clave del éxito es estar en una plataforma pequeña (y pública)", ha dicho Monegal, aunque La Sexta ya emite un "Sé lo que hicisteis" donde pone en solfa a iconos de la basura como Jorge Javier Vázquez, rostro de "Aquí hay tomate".